

## A MI PADRE

## I

¡Siempre una lira, ay Dios! ¡Nunca una espada!  
 ¡Siempre envuelta mi vida en velo obscuro!  
 ¡Nunca el palenque de la lid ansiada  
 abriéndose á mi paso mal seguro!  
 ¡Todos mis días, todos mis momentos,  
 perdidos en ociosos pensamientos!  
 ¡La indignación, que surge á borbotones,  
 en cadenciosos metros convertida!  
 ¡Toda el alma en estériles canciones  
 gastada y consumida!  
 Y sacudiendo el yugo que la oprime,  
 Grecia muestra su cruz escarnecida  
 á los cristianos reyes;  
 y España nos invoca, y clama y gime,  
 porque en amargo error se han abrevado,  
 ebrias del mal, sus populares greyes;  
 y cual niño á su madre arrebatado,  
 su antiguo trono huérfano ha quedado  
 de sus antiguas leyes.

A veces, en mi incierto desvarío,  
 pienso que empuño ansioso  
 tu vencedora espada, padre mío,  
 y á la patria del Cid vuelo afanoso  
 con nuestra hueste, que encendió mi brio.  
 O á Grecia voy, donde la lucha estalla,  
 y que me aclama Esparta en sueños veo,  
 y Leonidas soy en la batalla,  
 si no puedo en el canto ser Tirteo.  
 ¡Fantástica ilusión! ¡Vano deseo!  
 Mas no pienses, ¡oh padre!, que mi Musa  
 á los gloriosos héroes del combate  
 sus cánticos rehusa;  
 hermano del guerrero es siempre el vate.  
 Sus himnos, del olvido vencedores,  
 dan la inmortalidad á la victoria;  
 el generoso alumno de la gloria  
 ama al par los laureles y las flores.

## II

La palma de los triunfos disputada  
 ciñe tu sien excelsa, patria mía;  
 á los pies de un tirano prosternada,  
 eras grande y gloriosa todavía.  
 Tú enalteciste al vencedor guerrero;  
 tú le diste sus timbres inmortales;  
 no podrá, congregado, el mundo entero  
 borrar de sus anales  
 su nombre augusto, que grabó tu acero.  
 Añadiendo una página sangrienta  
 á todas las historias,  
 la turba de los reyes macilenta  
 al carro encadenó de sus victorias.  
 Dios, en su brazo fuerte,  
 espanto puso, destrucción y muerte.  
 El mundo fué á sus pies cual frágil vaso;  
 y como incierta raya  
 que trazó un niño en la arenosa playa,  
 los imperios borráronse á su paso.

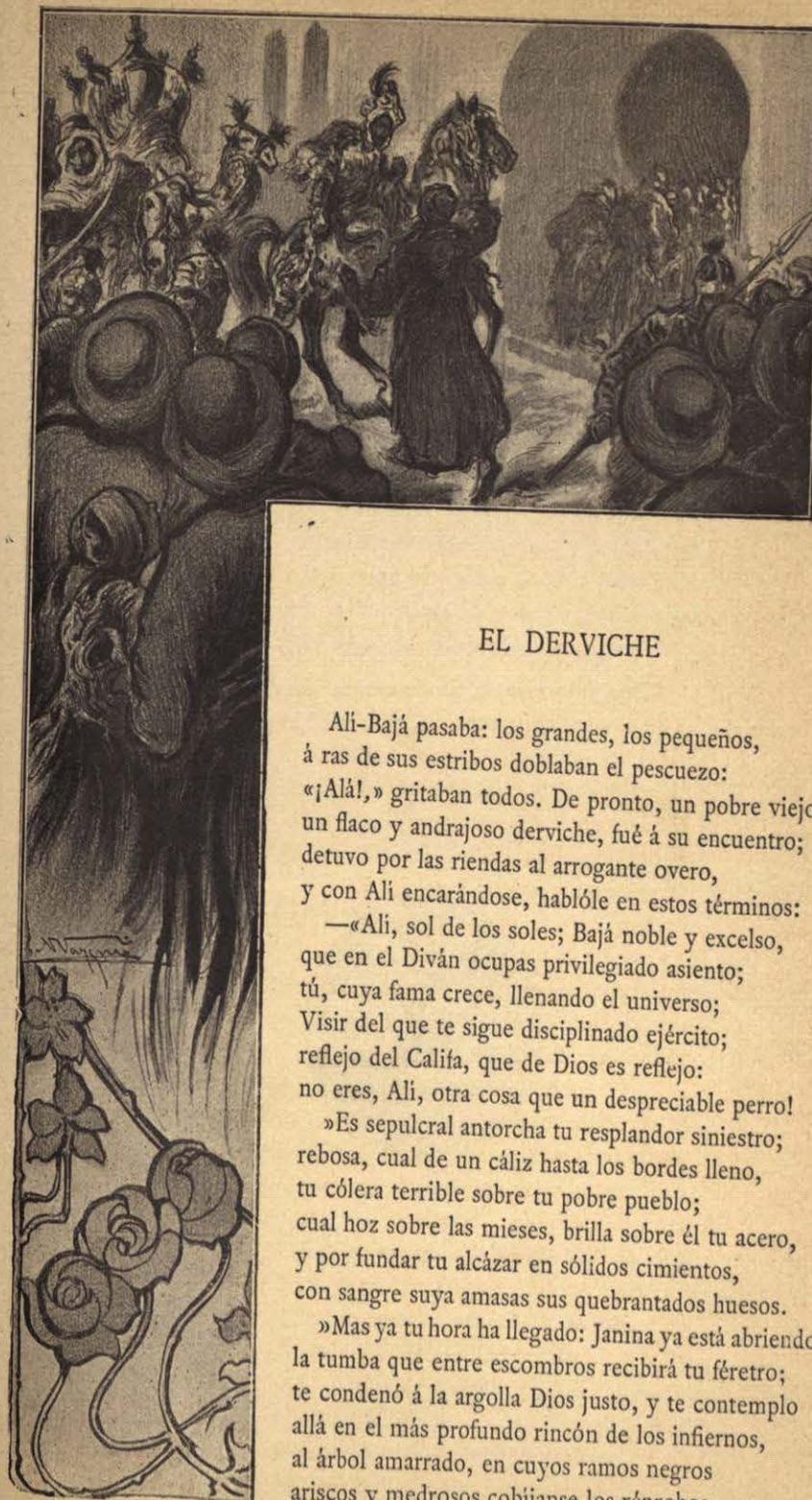
Alzóle la fortuna, y ella misma  
 le hundió después; su espléndido destino  
 fió al orgullo, que al mortal abisma;  
 y provocando enconos,  
 en su triunfal camino  
 holló por escabel todos los tronos.  
 Llegó la hora fatal: sus pueblos fieles  
 viéronle regresar, en pos llevando  
 girones de su ejército; corceles,  
 carros, guerreros, tras de sí dejando.  
 Así el águila audaz, cuando en su vuelo  
 troncha el plomo sus alas extendidas,  
 sembrando va por el azul del cielo  
 sus plumas esparcidas.

¡En su lecho marcial duerma tranquilo!  
 Su sueño inquietador, lleno de arcanos,  
 no velan ya con pálido sigilo  
 veinte reyes, humildes cortesanos;  
 ni al umbral de su tienda, estremecida

acecha ya la Europa domeñada  
 del brusco despertar la hora temida.  
 Tú, la gloria usurpada  
 recobra, oh Francia, y la lección no olvides:  
 bastante tiempo en tus triunfantes lides  
 sólo brilló una espada.  
 Mide bien al coloso derrumbado,  
 y palmas no demande.  
 ¿Quién no venciera, de tu rayo armado?  
 ¿Quién, sobre tu pavés, no será grande?  
 Aun el astro de Breno  
 sobre tu frente audaz brilla sereno,  
 y á su festín te llama la victoria.  
 La paz el mundo de tu paz espera,  
 y en los grandes combates de la historia  
 levantas la bandera.

## III

Plega, oh padre, la tienda combatida  
 y en el círculo estrecho  
 del dulce hogar, sin odio ni despecho,  
 cuéntanos las borrascas de tu vida.  
 No importa si tesoros tus prolijos  
 afanes no te han dado;  
 tu patrimonio bastará á tus hijos;  
 no hay herencia mejor que un nombre honrado.  
 Ya que he de ver en el paterno muro  
 tus armas suspendidas, y empolvado  
 el estardante en el rincón obscuro;  
 ya que he de ver, entristecido vate,  
 bajo el sombrío pórtico, en reposo,  
 tu corcel de combate;  
 preste tu invicta espada sus fulgores  
 á mi canto, inspirado en tus loores;  
 y tus heroicas lides, orgulloso,  
 referiré á las Musas soberanas,  
 cual niño juguetero, con gesto fiero,  
 en medio de sus tímidas hermanas  
 gozoso arrastra el paternal acero.



## EL DERVICHE

Ali-Bajá pasaba: los grandes, los pequeños,  
 á ras de sus estribos doblaban el pescuezo:  
 «¡Alá!,» gritaban todos. De pronto, un pobre viejo,  
 un flaco y andrajoso derviche, fué á su encuentro;  
 detuvo por las riendas al arrogante overo,  
 y con Ali encarándose, hablóle en estos términos:  
 —«Ali, sol de los soles; Bajá noble y excelso,  
 que en el Diván ocupas privilegiado asiento;  
 tú, cuya fama crece, llenando el universo;  
 Visir del que te sigue disciplinado ejército;  
 reflejo del Califa, que de Dios es reflejo:  
 no eres, Ali, otra cosa que un despreciable perro!  
 »Es sepulcral antorcha tu resplandor siniestro;  
 rebosa, cual de un cáliz hasta los bordes lleno,  
 tu cólera terrible sobre tu pobre pueblo;  
 cual hoz sobre las mieses, brilla sobre él tu acero,  
 y por fundar tu alcázar en sólidos cimientos,  
 con sangre suya amasas sus quebrantados huesos.  
 »Mas ya tu hora ha llegado: Janina ya está abriendo  
 la tumba que entre escombros recibirá tu féretro;  
 te condenó á la argolla Dios justo, y te contemplo  
 allá en el más profundo rincón de los infiernos,  
 al árbol amarrado, en cuyos ramos negros  
 ariscos y medrosos cobijan los réprobos.

»Desnuda y temblorosa caerá tu alma al averno,  
y en el papel do escritos están tus malos hechos,  
los nombres de tus víctimas Satán te irá leyendo.  
Ensangrentados, mudos, sus pálidos espectros  
te acosarán en número mayor que los lamentos  
que arranquen á tus labios la cólera y el miedo.

»No te valdrán entonces, Ali-Bajá soberbio,  
tu poderosa escuadra, ni tu castillo enhiesto  
con sus cañones broncos y sus veloces remos;  
ni escaparás al ángel que aguarda á los que han muerto,  
aunque tu propio nombre, como el judío abyecto,  
lo ocultes y lo cambies en el postrer momento.»

Ali-Bajá llevaba, bajo el castán espléndido,  
su alfanje de Damasco, su yatagán de Alepo,  
su carabina y cuatro pistolas de repuesto.  
Oyó hasta el fin la arenga de aquel derviche; luego  
bajó la adusta frente, desarrugando el ceño,  
y le entregó el lujoso castán al pobre viejo.



## EL MAR Y LA FUENTE

Gota á gota caía lentamente  
sobre las aguas de la mar sonoras  
desde las altas rocas una fuente.  
Y le dijo la mar:—«Oh, tú, que lloras  
esas liquidas perlas,  
¿para qué vienes sobre mi á verterlas?  
¿Para qué he de quererte?  
Enorme soy, inagotable, fuerte;  
acabo donde empieza el infinito.  
¿Piensas quizás que yo te necesito?»

Y al mar dijo la fuente:  
—«Lo que no tienes tú, lo que yo tengo,  
sin afán, sin rumor, modestamente,  
¡oh piélagos profundos!, á darte vengo.  
En tus olas amargas y sombrías,  
no hay una gota pura y transparente,  
buena para beber, como las mias.»

## EL CANTO DE LA ARENA

Glorifica y respeta  
la ciudad toda al vencedor atleta,  
y su nombre glorioso llena el mundo  
desde la playa do en obscura meta  
el invierno glacial duerme infecundo,  
hasta el país de luz y de alegría  
donde en la mar sonora  
óyense lejos, al romper el día,  
relinchar los caballos de la Aurora.

¡Llegó la fiesta olímpica! El acanto  
tejed con el laurel eterno y santo.  
¡Confundan las deidades al impio!  
Y con impulso fiero  
triunfal renazca el desmayado brío  
en las duras entrañas del guerrero.

Venid, los que la gloria  
 en la ardua liza perseguís tan sólo;  
 los sacerdotes contemplad de Apolo,  
 que ya, para la próxima victoria,  
 ramos enlazan en guirnalda noble  
 del que venció á Milón excelso roble.  
 De Corinto venid, venid de Creta;  
 de Tiro, que sus púrpuras nos vende;  
 de Escila, en lucha con la mar inquieta;  
 de las cumbres del Athos, do suspende  
 el águila su vuelo  
 por ver mejor la inmensidad del cielo.  
 Venid de aquellas islas cuyas lomas  
 puebla el manso tropel de las palomas;  
 de la arenosa playa  
 do el mar del Archipiélago desmaya;  
 de Rodas, cuyos hijos aguerridos,  
 cuando la trompa bélica retumba,  
 la oyen estremecidos  
 bajo la fría tumba;  
 de la ciudad de Cécrope querida,  
 por su altanera torre aún defendida;  
 venid de Esparta, buena entre los buenos;  
 venid de Lemnos, que engendró los truenos;  
 venid de Chipre, que al Amor dió vida.

Ya los templos, ceñidos de pomposas  
 guirnaldas florecientes,  
 cual jóvenes esposas  
 coronadas de rosas,  
 púdicos velan las purpúreas frentes.  
 Ya tomaron asiento  
 en medio del estadio turbulento  
 los éforos y arcontes; y agrupadas  
 en torno del canéforo, las bellas  
 ruborosas doncellas  
 purifican las ánforas sagradas.  
 Ya el augur á la incierta pitonisa  
 consultó, y al sonámbulo agorero  
 de palabra indecisa;  
 y cuando rompe el sol la parda bruma  
 de un buitre de la Escitia carnívero  
 arrojó al aire voladora pluma.

Premio del vencedor en la carrera  
 dos tripodes serán, y una ligera

copa de arcilla, de primor divino,  
 en la que Baco, por la vez primera,  
 gustó con labio ansioso el dulce vino.  
 El que triunfe en los juegos pertinaces  
 del disco, derribando los tres haces,  
 la urna de bronce ganará preciada  
 por Flegonte, el famoso, cincelada;  
 y el mejor combatiente  
 en la atlética lid, aún más gloriosa,  
 obtendrá rica túnica esplendente  
 tejida allá en Sidón, la poderosa,  
 la que une el caduceo y el tridente.  
 ¡Discóbolos, atletas, corredores!,  
 para el duro combate,  
 reparad en el baño el vigor vuestro.  
 Por honrar á los bravos triunfadores,  
 ya las sonoras cuerdas pulsa el vate,  
 en la tebaná cítara maestro.

Glorifica y respeta  
 la ciudad toda al vencedor atleta,  
 y su nombre glorioso llena el mundo  
 desde la playa, do en obscura meta  
 el invierno glacial duerme infecundo,  
 hasta el país de luz y de alegría,  
 donde en la mar sonora  
 óyense lejos, al romper el día,  
 relinchar los corceles de la Aurora.

### EL CANTO DEL CIRCO

¡Marcial emperador, glorioso y fuerte!  
 Hoy, para enaltecerte,  
 todos los pueblos á tus pies acuden.  
 Heredero feliz del gran Augusto,  
 príncipe excelso y justo,  
 ¡César!, ¡los moribundos te saludan!

Sangre humana á raudales  
 César no más en vuestras aras vierte,  
 ¡oh Dioses inmortales!  
 A la pálida muerte

invita á los festines de su corte;  
y de sus monstruos despoblando al mundo,  
juntos lanza al combate tremebundo  
tigres de Hircania y bárbaros del Norte.

Los colosos de bronce y de granito,  
los vasos de alabastro, las banderas  
decoran el circuito  
de la liza fatal. Nubes ligeras  
perfuman gratas el espacio inmenso  
con oriental aroma,  
y el olor de la sangre y el incienso  
aspira muelle la triunfante Roma.

Ved: de repente, abiertas  
sobre sus quicios resonantes crujen  
y giran las cien puertas.  
Entra el pueblo en tropel. Los tigres rugen  
en su jaula cerrada.  
Cual desbordado río va creciendo,  
así, con sordo estruendo,  
se esparce el pueblo-rey de grada en grada.

Ambos ediles con triunfal decoro  
siéntanse en sillas de marfil y de oro.  
Hipopótamos, negros cocodrilos  
en el ancho canal nadan tranquilos.  
Llevan el fuego santo  
castas vestales, y en virgineo coro  
preludian grave el religioso canto.

Llama la meretriz medio desnuda  
las miradas ardientes;  
cubierto de su augusta laticlava,  
alza la frente el senador ceñuda,  
y sentado entre reyes obedientes,  
allá en la turba esclava  
uno por uno cuenta sus clientes.  
A la voz del tribuno, con sus lanzas  
van á guardar los pretorianos fieles  
del estrado imperial los escabeles:  
entonan alabanzas  
los sacerdotes salios á Cibeles,  
y al compás de satíricas canciones,  
mientras llegan las víctimas, con danzas  
divierten á la plebe los histriones.

¡Hedlas allí!.. Y aplaude ó amenaza  
el pueblo sin piedad á esos vencidos

que la guerra conduce á la ancha plaza  
de los mudos desiertos encendidos  
de la Libia, ó los bosques que en la sombra  
la Germania ocultó. Su obscura raza  
dice el lictor, y sus naciones nombra.  
¡Pobre rebaño que guardó la suerte  
para el placer del pueblo y del monarca,  
y con el sello horrible de la muerte  
la mano sin piedad del cónsul marca!  
Abatida la frente, los judíos  
tristes van, y parece que los venza  
reprimida vergüenza;  
á los galos bravios  
el horrendo espectáculo no abate;  
los infames cristianos,  
inermes á su Dios alzan las manos  
y mueren sin orgullo y sin combate.  
Y el pueblo grita y anhelante espera  
¡y ya las fieras tardan!  
De la luz y el calor el trono guardan  
cándidos velos y doseles rojos  
para que el sol no hiera  
los imperiales ojos.

¡Marcial emperador, glorioso y fuerte!,  
hoy, para enaltecerte,  
todos los pueblos á tus pies acudan.  
Herederó feliz del gran Augusto,  
príncipe excelso y justo,  
¡César!, ¡los moribundos te saludan!

#### EL CANTO DEL TORNEO

¡Plaza á los caballeros!  
Venid, venid, los que en las rudas lides  
y en los juegos guerreros  
lleváis en el broquel, cual adalides,  
el manto de Agra, bélico tesoro,  
el dragón verde de extendidas garras,  
las que en Francia florecen lises de oro,  
ó del noble Aragón las rojas barras.

Abierta está la liza;  
 el heraldo sus límites recorre;  
 el pendón blanco y verde el viento riza  
 en la frente marcial de cada torre.  
 Inquiétase la gente,  
 y brama y ruge, cual del mar las olas;  
 al soplo del ambiente  
 mézclanse las pintadas banderolas.  
 Y el paladín, abriéndose camino  
 del pórtico en la entrada,  
 cuelga el grifo argentino  
 sobre la ancha dalmática bordada.

Trepa la muchedumbre  
 de las próximas casas á la cumbre;  
 suena á lo lejos la campana augusta:  
 ¡digna será de un rey la hermosa justa!  
 La misma reina dió, de su tesoro,  
 doce dineros de oro;  
 y para más honrar la alegre fiesta,  
 aunque mucho le cuesta,  
 doce cautivos rescató del moro.

Antes que aguda suene  
 la vibradora voz de los clarines,  
 escuchad todos, cual la ley previene,  
 el edicto real, ¡oh paladines!  
 Hierro maldito esgrimirá el que ansioso,  
 sin oírlo hasta al fin, tome la lanza.  
 Versículos cantad en alabanza  
 del buen Jesús y San Dionis glorioso;  
 escuchad los consejos  
 que, dictados por Dios, os dan los viejos;  
 jurad por él y su Evangelio Santo,  
 que si es débil la diestra y mal segura,  
 no hay en el corazón mengua ó quebranto;  
 y presentad, con decisión honrada,  
 á los ojos de Dios el alma pura,  
 á los ojos del rey limpia la espada.  
 Jurad que nunca, con servil desdoro,  
 el miserable fango manchó el brillo  
 de vuestra espuela de oro;  
 que mazmorra no fué vuestro castillo  
 del infeliz villano;  
 que siempre está desnuda  
 en defensa del huérfano y la viuda

la hoja de vuestro acero toledano.  
 Recordad el valor y la constancia  
 de aquellos, en la lid siempre primeros,  
 doce Pares de Francia;  
 y vuestra vida á la lección responda  
 de los glorificados caballeros  
 de la Tabla Redonda.

¡Maldición al infame combatiente  
 que el triunfo compra al nigromante impuro!  
 ¡Al que, huyendo la lucha frente á frente,  
 armó la diestra de infernal conjuro!  
 Veréis, colgantes del siniestro muro  
 de su alcázar, sus restos malhadados;  
 y los brujos, sus cómplices malvados,  
 para que eterno sea su tormento,  
 revolverán en el festín sangriento  
 sus huesos descarnados.  
 ¡Gloria al noble adalid, que en el camino  
 del bien marcó sus huellas!  
 Sin temor ni misterio, las doncellas  
 su nombre bordan en el blanco lino.  
 Consagran los festivos trovadores  
 á su inflexible espada  
 sus cánticos mejores;  
 vela en su tumba una hada,  
 y porque sirvan de glorioso ejemplo,  
 sobre el ara sagrada  
 sus armas guarda el venerando templo.  
 ¡Grabad, oh ricos hombres y donceles,  
 la justa ley de la cortés pelea  
 en vuestras almas fieles,  
 y el traidor malandrín maldito seal  
 Todos contra él se ligan;  
 lo condenan los jueces justicieros;  
 las damas vengadoras lo castigan.

¡Plaza á los caballeros!  
 ¡Venid, venid, los que en las rudas lides  
 y en los juegos guerreros,  
 lleváis en el broquel, cual adalides,  
 el manto de Agra, bélico tesoro,  
 el dragón verde de extendidas garras,  
 las que en Francia florecen lises de oro,  
 ó del noble Aragón las rojas barras!